



# La poesía de Alonso Quesada

Andrés Sánchez Robayna

UBe

Biblioteca Melibea

La poesía  
de Alonso  
Quesada

# La poesía de Alonso Quesada

Andrés Sánchez Robayna

*Edición a cargo de Noemí Montetes-Mairal y Laburta*



UNIVERSITAT DE  
BARCELONA

Edicions

Biblioteca Melibea

*A Marta, estas páginas que fueron escritas a su lado*

# Índice

Prólogo .....	13
Nota .....	15

## PRIMERA PARTE

### Hacia Alonso Quesada

1. «...sé que esta mi vida ... no será larga...» .....	19
2. El tejido de una obra .....	35

## SEGUNDA PARTE

### Soledad, aislamiento, pesadumbre:

#### *El lino de los sueños*

1. La fábrica de un libro .....	55
2. Presencia de Unamuno .....	67
3. Contra el falso modernismo .....	89
4. La voluntad realista .....	101
5. Ironía y autoironía .....	107
6. Criticismo e idealismo .....	121
7. Cotidianidad .....	133
8. Soledad y aislamiento .....	143
9. El tema inglés .....	151
10. Recapitulaciones .....	159

## TERCERA PARTE

### Lectura del *Poema truncado de Madrid*

1. Génesis y aledaños de un poema .....	173
2. La revista <i>España</i> .....	185

3. Del armazón al argumento . . . . .	193
4. La fecha . . . . .	209
5. Un poema «fuera del cuadro» . . . . .	213

CUARTA PARTE

Amor, dolor y pensamiento:

*Los caminos dispersos*

1. Una escritura en movimiento . . . . .	225
2. El sentido de las notas previas . . . . .	247
3. Narratividad . . . . .	261
4. La ciudad como tema . . . . .	271
5. Una nueva cotidianeidad . . . . .	281
6. Irracionalismo . . . . .	289
7. Un libro de la «joven literatura» . . . . .	301

QUINTA PARTE

*Los sueños del lino: Antonio Machado*

y Alonso Quesada

1. Hacia el «primer maestro» . . . . .	319
2. Referencias y reconocimientos . . . . .	323
3. Antonio Machado en Alonso Quesada . . . . .	349
4. Una carta de Antonio Machado . . . . .	359
5. Un sustancial enriquecimiento . . . . .	363

SEXTA PARTE

La rosa cierta del poeta amado:

Juan Ramón Jiménez y Alonso Quesada

1. Introducción . . . . .	369
2. Del desconcierto al reconocimiento . . . . .	373
3. Convergencias y divergencias . . . . .	395
4. De Quesada a Jiménez: cinco cartas . . . . .	409

## APÉNDICE

Un poema inédito de Alonso Quesada (1913) . . . . .	417
Alonso Quesada: Palabras antes de una lectura (1913). . . . .	418
Miguel de Unamuno: «Prólogo» a <i>El lino de los sueños</i> (1915) . . . . .	421
Pedro Salinas: Una carta de Pedro Salinas a Alonso Quesada (1915) . . . . .	427
Alonso Quesada: Don Miguel de Unamuno y su grito (1921) . . . . .	429
Gabriel Miró: Rafael Romero, Alonso Quesada (1926) . . . . .	431
Álbum fotográfico . . . . .	435
Referencias bibliográficas . . . . .	447

## Prólogo

Me parece estar viéndolo ahora mismo y oyendo sus palabras persuasivas: «¿Conoce la poesía de Alonso Quesada, la ha leído? Está muy poco estudiada aún, y convendría que usted la analizara como se merece. Su primer libro tiene un prólogo de Unamuno, cosa rarísima, una prueba muy evidente de su estima por él...». Quien así hablaba era don José Manuel Blecua Teijeiro en su despacho de la Universidad de Barcelona. Corría el mes de mayo de 1975.

Allí empezó todo; quiero decir: ese fue el origen de mis estudios sobre un poeta todavía mal conocido por aquellas fechas, un autor de «mucho interés» del que yo, coterráneo suyo, podía tal vez conseguir incluso —añadió mi inolvidable maestro— informaciones y textos inéditos. Ocurría, por fortuna, que yo había leído a Quesada; la sugerencia, por tanto, resultaba para mí muy atractiva. Lo que yo no podía sospechar en aquel momento era que la obra del autor del *Poema truncado de Madrid* se convertiría, con el tiempo, en uno de los ejes principales de mis trabajos de crítica e investigación. Con la obra de Quesada iba a ocurrirme algo que suele suceder a quienes se interesan por un determinado período histórico literario: que un autor en particular se transforma en decisiva clave de acceso a ese período, una época cuya significación aparece, en muchos aspectos, como filtrada por su obra. Un punto de mira, si se quiere; es decir, un ángulo de visión que si bien, por un lado, presenta ciertas restricciones, por otro, nos ofrece una perspectiva privilegiada sobre un panorama literario y cultural que, sin ese concreto asidero, correría el peligro de resultar para nosotros una pura abstracción histórica.

A ningún buen conocedor de la llamada Edad de Plata —pues de ese período se trata, en este caso— se le oculta el insólito crecimiento que han conocido en estos últimos decenios los estudios sobre el modernismo y las vanguardias. Esos estudios nos han permitido ver cada vez con más claridad y detalle las distintas fases por las que atravesaron tanto el movimiento encabezado por Darío como algunos desarrollos de las poéticas que se ha dado en llamar «posmodernistas». Aquí solo adelantaré que mi propio parecer sobre

la cuestión ha evolucionado desde 1975 hasta hoy. Se ha llegado a decir que lo que viene después del modernismo es, sencillamente, la vanguardia. Esto último representa, a mi modo de ver, una reducción conceptual de un proceso estético complejo, asunto abordado en algunas páginas de este libro. Ya el propio modernismo encerraba las semillas de un cambio, y los poemas que Alonso Quesada comienza a escribir en la segunda mitad del decenio de 1910 constituyen ya claras (además de pioneras) expresiones de la vanguardia en lengua española.

La obra de Alonso Quesada está marcada por el prematuro fallecimiento de su autor, que no llegó a cumplir 39 años. Ante las desapariciones tempranas de escritores o artistas (todos pensamos de inmediato en Lorca, sin salir de esa época), se está tentado siempre de imaginar qué otras cosas habrían hecho y cómo habrían evolucionado. Tales conjeturas son enteramente vanas, por supuesto, salvo en un sentido: permiten volver sobre la obra que nos dejaron para tratar de adivinar en ella lo venidero, las virtualidades de lo ya no posible. La obra de Alonso Quesada no solo posee un valor notable: muestra también nítidamente las potencialidades que encerraba su personalidad creadora, y que por desgracia no pudieron desarrollarse. Una obra, en fin, que revela muchos «futuros abortados» (como diría a otro propósito, con expresión particularmente certera, Ernestina Pellegrini).

La publicación de esta monografía en las ediciones de la Universidad de Barcelona (en la que inicié, como queda dicho más arriba, mis trabajos sobre Alonso Quesada) es para mí un particular motivo de júbilo. Con esta publicación se cierra un círculo simbólico que tiene para mí, como se comprenderá, un significado muy especial. Doy las gracias más sinceras a quienes la han hecho posible.

A. S. R.

## Nota

Todas las citas de los poemas se hacen por la primera edición de los textos correspondientes: *El lino de los sueños* (1915), *Poema truncado de Madrid* (1920) y *Los caminos dispersos* (1944), cuyos datos editoriales se recogen en la bibliografía final.

Puesto que no son siempre fácilmente localizables, se incluyen, en un breve apéndice, algunos textos de Unamuno, Gabriel Miró, Pedro Salinas y el propio Alonso Quesada a los que se alude a lo largo del trabajo, y que al lector le resultará más cómodo, sin duda, tener a la vista.

El autor queda especialmente agradecido al personal bibliotecario de El Museo Canario, la Biblioteca Nacional de Madrid, la Biblioteca de la Universidad de Barcelona, la Biblioteca Insular de Gran Canaria y la Biblioteca de la Universidad de La Laguna.

PRIMERA PARTE

Hacia Alonso Quesada

## I. «...sé que esta mi vida ... no será larga...»

Autorizadas voces críticas aseguran, con no poca razón, que la verdadera vida de un poeta (la *vraie vie*, según Rimbaud) se encuentra en sus poemas. Nada habría que objetar a este aserto; nada que desvíe nuestra atención de lo que en rigor importa: la obra que ese poeta escribió, en la que se halla su verdad más profunda. Aun reconociendo, sin embargo, que el «yo literario» no es, evidentemente, el yo autoral, los datos biográficos de este pueden arrojar una luz esclarecedora sobre su obra y proporcionarnos informaciones de alcance considerable para su lectura y su exégesis; más aún cuando, como en el caso de Alonso Quesada, la obra está sin duda relacionada con el aquí y el ahora sucesivos de la vida de su autor. Si no debe olvidarse, por una parte, que Alonso Quesada (seudónimo que Rafael Romero Quesada adoptó tempranamente) constituye ya un índice de la diferencia entre el yo literario y el yo autoral, es innegable, por otra, que el «espacio literario» no existe en abstracto: resulta obvio, en efecto, que una obra —toda obra humana— se inscribe en una temporalidad y una historicidad precisas, a las cuales el autor no es en modo alguno ajeno. No cabe, en cambio, ningún «biografismo», tan justamente denostado desde Proust: la obra debe ser examinada en sí misma, no como el reflejo lineal y mecánico de una vida. Reconocido el «agotamiento de lo biográfico» en tal sentido, pero también el provecho que proporcionan determinadas noticias sobre el autor —ya por cuestiones de interés contextual e histórico, ya por los vínculos entre poesía y vida, incluso en los casos en que tales vínculos apenas existen o parecen carecer de relieve—, sobra tal vez decir ahora que los datos biográficos que se ofrecen a continuación deben ser tenidos en cuenta a la luz del orden de cosas crítico aquí sucintamente esbozado.

Con ascendientes canarios y andaluces, Rafael Romero Quesada nació el 5 de diciembre de 1886 en Las Palmas de Gran Canaria, hijo del militar José Romero Castro, comandante mayor del Regimiento de Infantería de Las Palmas, y de Josefa Quesada Afonso. Cursó estudios de bachillerato en el prestigioso Colegio de San Agustín —el mismo en el que años atrás había es-

tudiado Galdós—, dirigido entonces por Diego Mesa de León, a quien su antiguo alumno dedicaría en 1915 un poema de homenaje con motivo de su muerte. Entre los profesores del colegio se hallaban figuras notables de la enseñanza, la política y la cultura: Diego Mesa y López (que impartía Geografía de Europa), José Franchy y Roca (Lengua Castellana, Preceptiva, Retórica y Poética), José Mesa y López (Historia y Geografía de España, Historia Universal) y el pintor Nicolás Massieu (Dibujo). Con dos condiscípulos elaboró el futuro poeta, en el segundo curso, un periódico manuscrito. Obtuvo el grado de bachiller en La Laguna en 1902.

Muy pronto arraigó en él el gusto por la lectura y la escritura. En 1904, cuando no había cumplido aún 18 años, Quesada colaboraba ya asiduamente en distintos periódicos de la isla. Comenzó a escribir artículos humorísticos en diarios y semanarios, como *El Galeoto*, *La Mañana*, *El Tribuno* o *La Ciudad*, tanto con el nombre de Rafael Romero como con los seudónimos Gil Arribato, Hilario Montes y otros. En *La Ciudad* llegó a mantener durante unos meses una sección en verso y prosa titulada «Farándula», de carácter burlesco. «Todo cosa festiva, de alegría», dirá más tarde (Quesada, 1986, 6: 322).

Los seudónimos eran entonces (y siguen siendo hoy) habituales en el periodismo, pero Rafael Romero se aficionó especialmente a ellos: podía de esa manera, entre otras cosas, ser más libre en su crítica social y política y dar rienda suelta a su temperamento satírico. En 1905 se celebraba el tercer centenario de la impresión de la primera parte del *Quijote* (una verdadera oleada de actividades y homenajes inundaba el país). Algún tiempo después de esa conmemoración, Rafael Romero Quesada adoptó un seudónimo más, Alonso Quesada, en honor a Alonso Quijano («que tenía el sobrenombre de “Quijana” o “Quesada”», dice el *Quijote*), sin saber que acabaría convirtiéndose en su más definitorio *nom de plume*, y con el que desde muy pronto firma ya incluso las cartas privadas a sus corresponsales y amigos.

El joven colaborador de prensa no tiene aún ideas claras sobre su futuro profesional, más allá de las poco rentables salas de redacción llenas de humo y de los pequeños grupos de teatro, al que era también muy aficionado. Precisamente en 1905 ve la luz un cuadernillo (diez páginas) titulado *Número 61*, con la indicación, en cabeza, «A propósito de los Sres. Romero Quesada y Miranda Bautista», breve monólogo protagonizado por un guardia municipal y probablemente escrito por Romero en colaboración con su amigo Adolfo Miranda Bautista (de ser así, estaríamos ante el primer testimonio de la pasión de Rafael Romero por el teatro). Renuncia al proyecto de dedicarse,

como su padre, a la carrera militar, que intentó seguir por un tiempo. Durante unos meses, entre 1906 y 1907, reside en Alcoy, adonde había sido destinado temporalmente su padre, que enferma allí y debe por ello regresar a Gran Canaria, en cuya capital muere en 1907. Rafael ha de hacerse cargo, entonces, de una familia formada por él mismo y seis mujeres: su madre, dos tías y tres hermanas.

Ese mismo año de 1907 publica, también en folleto, y esta vez en colaboración con Federico Cuyás, *¡Bardo!*, «monólogo cómico-romántico en prosa, con su poquito en versos modernistas», obra con la que Romero se suma a la jocosa crítica antimodernista que desde los periódicos y las tertulias de los cafetines se hacía a los deplorables rimadores del momento. Con el seudónimo de Gil Arribato edita además otro opúsculo, ahora de versos satíricos, titulado *Hipos*, y con prólogo de Rafael Romero. «Ah, mi vate triste, mi vate amable, mi vate modernista... —escribe Romero—. ¡Vamos a gustar el champaña!... Murmujos de fuentes y musiteos de brisa. Besos ninfeáceos y suspiros de alondras veronesas. Ayeres de vírgenes y sonidos violíneos...». Se trataba, una vez más, de ridiculizar a los numerosos versificadores seudomodernistas del momento, de poner en solfa su vocabulario extravagante y sus temas disparatados. La pequeña serie de cuadernos de ese mismo año se cierra con el «monólogo cómico», también a cuatro manos con Cuyás, titulado 7, «escrito —dice una nota previa— expresamente para la velada que, en honor del ilustre literato español don Ramón del Valle-Inclán, celebró la Sociedad de Declamación Los Doce la noche del 7 de enero de 1907», y que «por inconvenientes de última hora no pudo representarse». (En efecto, Valle-Inclán estaba por esos días en la ciudad, de camino a América con la compañía dramática de Ricardo Calvo, y la noche del día 7 fue calurosamente agasajado por Los Doce en un acto en el que participó asimismo la esposa del escritor, la actriz Josefina Blanco). Si algo debemos retener de estas publicaciones efímeras es la propensión del Rafael Romero Quesada de este momento al humor grotesco. Nunca abandonará del todo ese humorismo, que habrá de manifestarse igualmente tanto en sus futuras «crónicas de la ciudad» (calificadas por su autor «glosas humorísticas») como en muchos de sus poemas, ahora bajo la forma de un humor transmutado en ironía.

El gusto por el teatro se hallaba en Quesada fuertemente arraigado. No solo colaboraba con la ya citada Sociedad Los Doce, fundada en 1904 (en la que, además de intervenir como recitador, participó como directivo), sino que también lo hacía con el Teatrillo que su amigo Luis Millares Cubas tenía en

su propia casa de Las Palmas de Gran Canaria. El Teatrillo fue mucho más que un pequeño espacio escénico de límites domésticos: se convirtió en un lugar de encuentro de escritores, músicos, intelectuales y artistas o, como dijo Unamuno cuando lo visitó en 1910, un «hogar de espíritus» (Unamuno en Quesada, 1915: VIII). Por esas fechas, la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria —el núcleo urbano más poblado de las islas en ese momento— tenía unos sesenta mil habitantes y contaba con muy pocos recursos culturales. El Teatrillo juntó a varias generaciones de gentes de la cultura, desde los hermanos Millares (Luis y Agustín) hasta los más jóvenes, los poetas Tomás Morales y Saulo Torón y el pintor Néstor (que estaban ya entre los amigos más cercanos de Quesada), pasando por el antropólogo René Verneau o el músico Saint-Saëns, ambos residentes por entonces en Gran Canaria. Se representó a Maeterlinck, a Ibsen, a Bjørnson, a Santiago Rusiñol, además de las propias piezas de los hermanos Millares. En 1911, el mismo Quesada intervino como actor en la puesta en escena de *La venda*, de Unamuno.

Hacia 1908 inició Quesada un grupo de poemas que, con el cervantino título de *La del alba sería...*, trataban de recrear el espíritu del viejo romance lírico, a la manera en que lo había hecho su amigo Tomás Morales en algunos de sus *Poemas de la gloria, del amor y del mar*, libro publicado en Madrid ese mismo año. Los versos de Quesada (algunos de los cuales vieron la luz en la revista madrileña *Prometeo*, dirigida por Ramón Gómez de la Serna, amigo epistolar desde 1910) acusaban una evidente inmadurez y no permitían adivinar en ellos una voz poética personal. Un poco más tarde inició otra serie, también inacabada, *La rima que vino de Toscana*, en la que ensayaba los endecasílabos, de tema eminentemente amoroso. Entre una y otra serie se observan, en rigor, notables diferencias: en la segunda es evidente ya una mayor selección del vocabulario lírico y un más flexible sentido de ritmos, acentos y tonos. De ambas series han quedado algunas muestras en lo que, años después, sería *El lino de los sueños*: los primeros, en la sección «Los romances orales»; los segundos, en «Versos de la primera mocedad». Únicamente los primeros disuenan en el libro. El autor no quiso, no supo o no pudo prescindir de ellos: ¿voluntad de mostrar su evolución, es decir, la servidumbre de paso al poeta maduro, o necesidad de dar al volumen cierta entidad y extensión?

En 1910, la Sociedad grancanaria El Recreo convoca unos juegos florales para comienzos del verano, e invita como mantenedor a Miguel de Unamuno, que acepta la invitación («para aprender, inquirir e informarme», aunque «no me gustan estas fiestas, no porque yo no aplauda las liturgias, sino por-